

AMÉRICA LATINA FRENTE A LA CRECIENTE TENSION ENTRE CHINA Y EE.UU. ¿HACIA DÓNDE VA EL MUNDO?

AMÉRICA LATINA CONTRA A TENSÃO CRESCENTE ENTRE A CHINA E OS EUA, PARA ONDE VAI O MUNDO?

FERNANDO ESTENSSORO SAAVEDRA

Graduado em História (2002) e Mestre em Ciencia Política (1998) pela Pontificia Universidad Católica de Chile e Doutor en Estudios Americanos pela Universidad de Santiago de Chile (2006). Tem experiência na área de Ciência Política, com ênfase em Política Internacional, Historia de las Ideas Políticas, Geografía Política, e na análise do tema ambiental como fenómeno político. Foi Asessor Político de vários governos do Chile (2001 - 2009). Atualmente, é professor do Instituto de Estudios Avanzados, do Curso de Graduacao em História, do Curso de Mestrado en Política Internacional e do Doutorado en Estudios Americanos da Universidade do Santiago do Chile. Integra Grupo de Pesquisa Derechos Humanos, Relaciones Internacionales e Equidade e a Rede Intelectual Internacional del Conocimiento.

RESUMEN

En este artículo se plantea que está ocurriendo un cambio estructural en el orden internacional, señalado por el declive de la hegemonía de los Estados Unidos. Declive que comenzó en los años setenta del siglo XX y que se ha acentuado en lo que va corrido de este siglo XXI, producto del ascenso de China como potencia global de primer orden. La llegada de Donald Trump a la presidencia de los EE.UU., es una manifestación coyuntural de este fenómeno estructural. El intento por detener y revertir este declive de la hegemonía estadounidense explica las políticas económicas proteccionistas de Trump, así como la creciente tensión que se manifiesta entre China y EE.UU. Este escenario debe ser profundamente evaluado en América Latina, debido a que, si bien su economía depende de manera creciente del mercado chino, por otra parte, los EE.UU., aún ven a esta región como su "patio trasero".

Palabras Claves: América Latina; China; Declive del Hegemon; Estados Unidos; Geopolítica Mundial.

RESUMO

Este artigo propõe que uma mudança estrutural está ocorrendo na ordem internacional, indicada pelo declínio da hegemonia dos Estados Unidos. Declínio que começou nos anos setenta do século XX e tem sido acentuada até agora neste século, o produto da ascensão da China como uma potência global de primeira ordem. A chegada de Donald Trump à presidência dos EUA é uma manifestação conjuntural desse fenómeno estrutural. A tentativa de deter e reverter esse declínio na hegemonia dos EUA explica as políticas econômicas protecionistas de Trump, bem como a crescente tensão entre a China e os EUA. Esse cenário deve ser profundamente avaliado na América Latina, porque, embora sua economia dependa cada vez mais do mercado chinês, por outro lado, os EUA ainda veem essa região como seu "quintal".

Palavras-chave: América Latina; China; Declínio do Hegemon; Estados Unidos; Geopolítica Mundial.

SUMÁRIO

INTRODUÇÃO; 1 EL ORDEN INTERNACIONAL BAJO LA HEGEMONÍA ESTADOUNIDENSE; 2 EL INICIO DEL DECLIVE DEL PODER HEGEMÓNICO ESTADOUNIDENSE; 2.1 El fin de la Guerra Fría y sus Consecuencias; 3 AMÉRICA LATINA EM MEDIO DE LA TENSION CHINO-ESTADUNIDENSE; CONCLUSÃO; REFERÊNCIAS.

INTRODUÇÃO

¿Hacia dónde va el mundo? o, cuáles son las características del orden mundial que está en desenvolvimiento, son preguntas que se repiten de manera creciente, sobre todo cuando ocurren coyunturas que amenazan con desestabilizar las reglas del juego que se daban por obvias o relativamente aceptadas en el sistema internacional, como viene ocurriendo desde que, el 20 de enero de 2017, asumió la presidencia de los Estados Unidos, el republicano “sui generis”, Donald Trump, quien bajo su doctrina América Primero, comenzó a implementar, entre otras medidas, una política económica proteccionista para su país.

Las políticas de Trump, condimentadas por su singular estilo retórico y declarativo, han puesto una cuota importante de incertidumbre en la política mundial. En este sentido, es particularmente importante detenerse a analizar la creciente tensión que el “estilo Trump” está provocando en sus relaciones con China. Por ejemplo, el 6 de julio de 2018, Estados Unidos anunció que aplicaría aranceles de un 25% a una serie de productos industriales chinos, por un valor que en un principio llegaban a US\$34.000 millones anuales, desatando una escalada proteccionista extrema que no se veía en EE.UU., desde la gran crisis de 1930 (VASWANI, 2018; MIR Y FONCILLAS, 2018). Como bien recogieron los medios de comunicación de masas, este anuncio provocó un creciente nerviosismo en los mercados globales frente a la posibilidad de una guerra comercial a gran escala. El mayor temor se refería a la posibilidad de que la economía mundial cayese en un nuevo y prolongado periodo de crisis y recesión económica, dado que todo indica que “Trump y sus asesores realmente parecen creer que Estados Unidos puede ganar” con medidas “profundamente proteccionistas” (PETRI y PLUMMER, 2018). Por cierto, este escenario es preocupante y podría tener importantes repercusiones en Latinoamérica debido a que esta región del mundo es, en primer lugar, cada vez más dependientes del mercado chino y, en segundo lugar, en muchos aspectos sigue siendo el “patio trasero” de los EE.UU. De aquí entonces, resulta interesante intentar explicar y contextualizar este fenómeno.

En este sentido, el tema de fondo va bastante más allá que la amenaza de una guerra comercial. La posibilidad de un conflicto económico global, no se explica solamente como resultado de un fenómeno coyuntural, poco previsto: la llegada de Trump y sus políticas proteccionistas a la presidencia de los EE.UU. Tampoco se explica como una nueva crisis cíclica del capitalismo que acontece invariablemente cada cierto número de años (para las últimas dos décadas podemos mencionar la crisis mexicana, 1995; la asiática, 1997; o la subprime, 2008,

entre otras). Por el contrario, esta tensión entre China y EE.UU., es manifestación de un fenómeno mayor que es importante dilucidar si se quiere avanzar en medidas que permitan a la región sortear de la mejor forma posible las incertidumbres económicas, políticas y geopolíticas que hace ya tiempo han entrado a dominar el escenario internacional.

Por lo tanto, sólo se puede intentar responder nuestra pregunta ¿hacia dónde va el mundo?, si recurrimos a una mirada histórica de mediana y larga duración. O sea, siguiendo al gran Fernand Braudel, para intentar comprender el curso de la historia es necesario ir más allá de la coyuntura que sólo denota los fenómenos en el corto plazo. La coyuntura o “acontecimientos resonantes”, con frecuencia son sólo instantes fugaces, que únicamente pueden explicarse si se recurre a una mirada que intente abarcar las grandes “corrientes subterráneas y a menudo silenciosas” de la historia. Estas, son las miradas estructurales que denotan los fenómenos del largo plazo (BRAUDEL, 1976: 18-23).

Al respecto, vamos a proponer que el fenómeno coyuntural, como es la llegada de Trump a la presidencia de los Estados Unidos, es una nueva manifestación (han existido otras) de la evolución estructural que viene ocurriendo en el sistema económico capitalista mundial. Evolución que, en su aspecto político y bajo una mirada de mediano plazo, está señalada por la declinación del poder hegemónico de los Estados Unidos y que Trump, a su manera y según sus capacidades intelectuales, intenta revertir. Esta declinación del poder estadounidense viene ocurriendo desde hace varias décadas y su consecuencia más inmediata es, precisamente, el creciente desorden del orden internacional. Además, en la medida que esta declinación se acentúe, la posibilidad no sólo de una guerra comercial, sino que el estallido de un conflicto mayor, aumentará considerablemente sobre todo en el transcurso de la primera mitad de este siglo XXI.

1 EL ORDEN INTERNACIONAL BAJO LA HEGEMONIA ESTADOUNIDENSE

Para explicar esta tesis, remitámonos a la segunda mitad del siglo XIX, cuando el imperio hegemónico mundial indiscutido era la Gran Bretaña o Reino Unido. Para entonces los británicos eran la economía más poderosa del planeta, sustentada en la posesión imperial de más de 33 millones de kilómetros cuadrados en los cinco continentes y cientos de millones de personas bajo su dominio. Por medio de su flota de guerra incontestable controlaban las principales rutas del comercio mundial, dictaban las reglas económicas y poseían el mayor desarrollo tecnológico de la

época. Sin embargo, este poder, que lo venían construyendo desde el siglo XVIII, para 1873 había alcanzado su cúspide y empezaba su declinación (WALLERSTEIN, 2007 a y b).

En 1873 se inició una gran depresión económica mundial que duró hasta 1896 y marcó tanto el punto máximo, así como el punto terminal del dominio absoluto del mercado mundial tal y como se había instituido en el siglo XIX, bajo la hegemonía británica (ARRIGHI, 1990). Se trató de la mayor crisis de la economía-mundo capitalista del siglo XIX que, junto con señalar el inicio del declive de la economía británica, señaló el surgimiento de las dos nuevas grandes potencias económicas mundiales como eran los Estados Unidos y el imperio alemán. Ambas potencias empezaron a hacerse de una participación cada vez mayor en los mercados globales, a expensas sobre todo de la recesión constante de la economía británica. Y si bien, el imperio británico se iba a mantener por unas décadas más como una gran potencia económico-militar, la crisis de 1873, también señaló el inicio de la disputa entre EE.UU. y Alemania por suceder al imperio británico como el gran hegemón del mundo, o sea convertirse en la potencia hegemónica indiscutida y la que dicta las reglas del juego en el orden internacional (WALLERSTEIN, 2007 a y b).

Fue la declinación de este poder hegemónico británico, y la disputa por su sucesión entre Alemania y los EE.UU. la causa profunda que va a explicar el estallido de las dos grandes guerras mundiales del siglo XX. Por este motivo se ha señalado que podemos considerar el periodo de tiempo que va desde 1914 a 1945 “como una sola y continua ‘guerra de treinta años’ entre Estados Unidos y Alemania con sus treguas y conflictos locales repartidos al medio” (WALLERSTEIN, 2005: 28).¹

Con relación a la Primera Guerra Mundial, que estalló en 1914 entre la Triple Entente (conformada por el Reino Unido, Francia y el Imperio Ruso), y la Triple Alianza (integrada por el Imperio Alemán, el Imperio Austro-húngaro e Italia), se puede señalar que, si bien no logró zanjar de una manera definitiva la disputa por la hegemonía mundial, sí dejó un claro vencedor: los Estados Unidos. La potencia norteamericana fue la que mayor beneficio económico obtuvo del conflicto. En un principio, mientras se mantuvo “neutral” -recuérdese que ingreso a la guerra

¹ Arrighi, también plantea una idea similar, señalando que a raíz de la gran depresión que estallo en 1873, comenzó a llegar a Europa suministros masivos y baratos de grano de ultramar, principalmente de los EE.UU. Esta situación perjudicó a Alemania, cuyos poder y riqueza en rápido aumento seguían dependiendo de la producción interna de grano y apenas de la organización del comercio y de las finanzas mundiales. Frente a esta situación, las clases dominantes alemanas respondieron con el fortalecimiento de su complejo militar-industrial, en un intento por desplazar o unirse a Gran Bretaña en los puestos de mando de la economía-mundo. El resultado fue una lucha de poder generalizada y abierta en el sistema interestatal cuya solución iba a acarrear dos guerras mundiales (ARRIGHI, 1990).

recién en 1917 como aliado de la Triple Entente- comerció con los dos bandos en guerra. Con el bloque británico su comercio pasó de US \$825 millones en 1914 a US \$3.150 millones en 1916, y con el bloque alemán, su comercio pasó de US \$169 en 1914 a US \$3.214 millones en 1916. De esta forma el PIB de los EE.UU., paso de US \$33 mil millones en 1914 a US \$72 mil millones en 1920, o sea un “incremento de 120% en seis años” (ZAMORA, 2016: 119).

Para el término de la Primera Guerra Mundial, era evidente que la gran potencia económica eran los Estados Unidos, sin embargo, el gran capital alemán no aceptaría tan fácil la derrota. Apostando por la fórmula política totalitaria del nazismo, 20 años después de terminada la Primera Guerra Mundial, volvieron a disputar la hegemonía global dando inicio al segundo conflicto bélico mundial del siglo XX. Pero esta vez su fracaso fue total. La potencia hegemónica mundial indiscutida que emergió de la Segunda Guerra Mundial fue EE.UU., que inmediatamente dio forma a un nuevo orden internacional, de acuerdo con su visión de mundo, así como su manera de entender la realidad política y el ejercicio del poder. Crearon las Naciones Unidas, incluido su Consejo de Seguridad, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el dólar fue la moneda de cambio internacional. Además, declararon formalmente que el liberalismo político y la economía capitalista eran la forma correcta de gobierno y administración para el mundo y se transformaron en los gendarmes globales del mercado, la libertad y la democracia liberal.

Esta suerte de declaración de principios respecto de lo que se debía entender por una forma políticamente correcta de gestión para los países y sociedades del mundo, respondía a la necesidad que tenían las grandes potencias capitalistas occidentales de hacerse cargo de un problema que les había surgido en plena Primera Guerra Mundial: la alternativa de un estado comunista, cuando un grupo de rusos decidió intentar la construcción de un estado de economía no capitalista en el ex-imperio de los zares. Lo ocurrido en Rusia era una respuesta al grave problema social que había provocado el desarrollo del capitalismo industrial europeo-occidental durante el siglo XIX y que confrontó seriamente al capital y al trabajo, por cierto, en beneficio del capital. Los rusos, que curiosamente eran unos de los estados menos industrializados y más atrasados económicamente de Europa, bajo formulas teóricas marxistas y políticas revolucionarias ensayaban desde 1921 (una vez que terminó la guerra civil rusa que estalló tras el triunfo de la revolución bolchevique de 1917), un desafío no sólo político-económico sino que, también, ideológico al sistema capitalista, dando vida a un fenómeno socio-político bastante novedosos y que resultaba muy atractivo para muchos sectores de trabajadores e intelectuales de

Europa y otros países. Lo cierto es que el mundo entero comenzó a ver con creciente interés, admiración algunos, y espanto otros, la aventura que se plasmaba en la naciente república de los soviets.

Por otra parte, el prestigio internacional del estado comunista soviético había crecido con el desenlace de la Segunda Guerra Mundial, dado que el modelo que habían intentado los capitalistas alemanes, bajo la modalidad política nazi para hacerse con la hegemonía mundial, había resultado tan efectiva que obligó a los estadounidenses a aliarse con los soviéticos para derrotar a los germanos y su intento de construir un imperio global nacional-socialista de mil años. Como bien se ha señalado, los Estados Unidos precisaron “del apoyo del ejército ruso para ganar su *guerra de los treinta años*” (WALLERSTEIN, 2007 b: 15). Y lo cierto es que la urgente necesidad de derrotar el desafío nazi condicionó el orden internacional que debió dibujar EE.UU., cuando impuso su hegemonía indiscutida. Específicamente, en los acuerdos de Yalta, entre Roosevelt, Churchill y Stalin, los Estados Unidos aceptaron la exigencia soviética de poseer una zona de Europa oriental como “colchón” frente a un nuevo intento de agresión por parte de las potencias europeo-capitalistas a la Unión Soviética, pero también dejaron claro que los rusos no podrían expandirse más allá. El resto del planeta quedaba bajo la esfera de influencia de la nueva potencia hegemónica y sus aliados más cercanos. En este sentido, la necesidad de mantener a los comunistas soviéticos dentro de las fronteras negociadas en Yalta determinó la política de la Guerra Fría, iniciada al poco tiempo de finalizada la Segunda Guerra Mundial, con la conocida Doctrina Truman de contención del comunismo: evitar a toda costa el crecimiento y expansión de la influencia geopolítica e ideológica de los comunistas soviéticos, más allá de los límites acordados.

Sin embargo, no hay que confundirse con este marcado acento ideológico que caracterizó a la política mundial durante los 42 años que duró la Guerra Fría (1947-1989). La potencia hegemónica indiscutida, o sea el hegemón mundial, eran los Estados Unidos de América, y los soviéticos, a su manera, eran funcionales a esta hegemonía: ideológicamente “jugaban” el necesario papel de “malos” para los adalides de la “libertad” y democracia capitalista liberal, igualmente se encargaban de mantener el orden en la porción del planeta que se les había cedido en las negociaciones de Yalta y, finalmente, suministraban importantes cantidades de recursos naturales y materias primas para el correcto y barato funcionamiento del pujante e hiper-acelerado desarrollo tecnológico-industrial de las grandes economías capitalistas occidentales. Además, dado que los soviéticos también habían adquirido el arma nuclear (1949), y existía

conciencia en los estrategias de ambos bandos que un conflicto atómico sería catastrófico, se logró mantener el *statu quo* global definido en Yalta, por espacio de casi 50 años, bajo la idea que una guerra directa entre ambos contendores significaba la Destrucción Mutua Asegurada (MAD según sus siglas en inglés). La única vez que hubo un amague de romper este *statu quo*, fue con la denominada crisis de los misiles cubanos de 1962 (instalación de misiles soviéticos con cabeza nuclear en la isla de Cuba, a menos de 200 kms. del territorio estadounidense). Sin embargo, en esos años no existía espacio alguno para ofender seriamente al hegemon estadounidense. Este podía aceptar algunas escaramuzas menores en los países de la periferia, pero una real amenaza estratégica a su seguridad era simplemente una locura. Finalmente, como es sabido, semejante imprudencia del premier soviético, Nikita Kruschev, va a ser unos de los elementos por los cuales sus “colegas” del partido comunista soviético lo destituirán e “invitaran” a que termine sus días hundido en la depresión y el anonimato (MEDVEDEV , R. y MENDVEDEV, Z.; 1978).

Por lo tanto, como bien se ha señalado, “Estados Unidos, a partir de las conferencias de Teherán y Yalta, organizó el mundo de la posguerra y determino durante casi tres décadas la racionalidad de todos los procesos internacionales” (MAIRA, 2014: 77). De hecho, cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos poseía el 72% de las reservas de oro del planeta, su economía representaba más del 50 % del PIB mundial con apenas el 7% de la población mundial, una situación insólita en la historia de la humanidad, el comercio internacional se regía por el patrón dólar, su marina mercante representaba el 66% del total del tonelaje mundial, y sus “legiones” se comenzaban a repartir por el mundo entero vía tratados y alianzas militares.² Y durante los 30 años que siguieron los EE.UU. estuvieron en lo más alto de su poderío mundial.

2 EL INICIO DEL DECLIVE DEL PODER HEGEMÓNICO ESTADOUNIDENSE

² Estados Unidos, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, “amplía una red de alianzas militares que empieza en América Latina con la suscripción del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) en Río de Janeiro, en 1947. Sigue, en 1949, con el mayor acuerdo, La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Más tarde continúa con el Tratado de seguridad de Australia, Nueva Zelanda y Estados Unidos (ANZUS) acordado en 1951. Y concluye con la Organización del tratado del Sudeste de Asia (SEATO) en 1954 y con la Organización del Tratado para el medio Oriente (Cento) en 1955. Simultáneamente, Washington puso en funcionamiento una red de más de cuatrocientas bases militares en los principales puntos estratégicos del planeta, afianzando su condición de única fuerza militar global, con capacidades de acción en el ámbito nuclear -estratégico y táctico- y con una superioridad en el despliegue de las fuerzas convencionales de aire, mar y tierra” (MAIRA, 2014: 22)

Pero como todo proceso dinámico, esta situación no iba a durar para siempre. Para inicios de los años setenta del siglo XX, el impresionante crecimiento y desarrollo económico de los más cercanos aliados capitalistas norteamericanos (estimulado por el mismo EE.UU., como necesidad estratégica), la Europa Occidental (destacándose la Alemania Federal), y el Japón, habían comenzado a mermar las propias ganancias de los grandes capitales estadounidenses. Con el desarrollo de una industria más competitiva y eficaz, con el aprendizaje de las tácticas financieras y comerciales estadounidenses, y con la ventaja de no tener que destinar grandes recursos en gastos militares dado que el Tío Sam, era el que asumía el principal costo en este plano, los grandes aliados de EE.UU., habían logrado acumular enormes capitales en desmedro de los estadounidenses y, en varios aspectos, los superaban en tecnología y productividad. Por otra parte, el impresionante gasto social que significó crear el estado de bienestar de pos-guerra, tanto en su versión europea como en su versión estadounidense, y que llevo a elevar la calidad de vida del sector trabajo en estas sociedades capitalistas avanzadas, a niveles francamente envidiables, también significó que la acumulación de ganancias por parte del sector empresarial, principalmente estadounidense, pero también europeo, comenzara a mermar. Toda esta situación, se agudizó con la primera gran crisis del petróleo en 1973 a raíz de la guerra árabe-israelí, que llevó a los países de la OPEP a dejar de exportar este producto a los EE.UU., Japón y Europa occidental por su apoyo a Israel, “disparando” para siempre el precio del crudo (recuérdese que todo el crecimiento económico de pos-guerra se había hecho con un precio del crudo muy barato y relativamente estable).

Estas situaciones confluyeron para que, desde fines de los años 70 y sobre todo en los años 80 del siglo XX, en los Estados Unidos se diera por terminado el modelo capitalista keynesiano y se volviera a un modelo capitalista liberal clásico o manchesteriano que se popularizó años más tarde como neoliberal. Bajo la mano de este modelo, las empresas multinacionales, principalmente estadounidenses, pero rápidamente seguidas por europeas y japonesas, comenzaron a diversificar su localización y producción por el mundo entero, buscando siempre los mejores precios de mano de obra y materias primas, a fin de aumentar su competitividad y por ende sus tasas de ganancia. Para estos efectos, estas empresas multinacionales requerían que las economías proteccionistas del resto de los estados del planeta, así como sus empresas nacionales, sobre todo aquellas con capitales estatales, simplemente desaparecieran. De esta forma, los capitales, productos y transacciones de las multinacionales podrían fluir libremente por un mercado mundial totalmente abierto. En otras palabras, había

que “aplanar” las barreras económicas de los estados nacionales para permitir el libre flujo de sus capitales. Para estos efectos, los EE.UU., implantaron el llamado “Consenso de Washington” generando un fenómeno que se popularizaría como globalización (STIGLITZ, 2003).

2.1 El fin de la Guerra Fría y sus consecuencias

Por otra parte, en medio de este proceso descrito, iniciado desde los años setenta del siglo XX, va a ocurrir otro hecho inesperado que marco el curso de los acontecimientos. Nos referimos al fin de la Guerra Fría, primero con la caída del Muro de Berlín en 1989 y luego con la desintegración de la Unión Soviética en 1991. En este sentido, la desaparición del útil “enemigo” ideológico del capitalismo tuvo diversas consecuencias, siendo tres las más interesantes de destacar para este análisis: una socio-económica, otra ideológica y, por último, una político-estratégica:

a) La socioeconómica se refiere a que aceleró el proceso de neo-liberalización y globalización que estaba en desarrollo. Por un lado, el ataque a las políticas sociales propias del estado del bienestar se acentuó, dado que el peligro comunista, que había justificado la aparición de este capitalismo keynesiano, había desaparecido del horizonte, y ahora ese capital destinado a la redistribución social podría fluir directamente al proceso de acumulación del gran mundo empresarial. Por otro lado, el ex-mundo soviético y su zona de influencia directa en Europa oriental se sumaron aceleradamente a la vorágine neoliberal. Sin embargo, esta globalización neoliberal también generó serios problemas sociales, dado que se caracterizó por concentrar la riqueza en cada vez menos manos, y por consiguiente profundizó las desigualdades en prácticamente todas las sociedades del mundo, siendo aquellas con sus economías más neoliberalizadas donde este problema ha sido mayor (WILKINSON y PICKETT, 2009). Por estas razones se ha señalado que la globalización ha funcionado de las mil maravillas, pero fundamentalmente para los más ricos de los ricos, o sea para el 1% de la población que ha alcanzado niveles inauditos de concentración de la riqueza -fenómeno que se ha reproducido a nivel mundial-. Sin embargo, para otros no ha funcionado tan bien, arrojando a cientos de miles de personas a la cesantía. Al respecto, durante la segunda década de este siglo XXI, se han multiplicado los textos que a nivel mundial hablan de lo que el premio nobel de economía

Joseph Stiglitz título magistralmente como “el malestar de la globalización” (STIGLITZ, 2003, 2004; PIKETTY, 2014; DUMÉNIL y LEVY, 2014).

b) La consecuencia ideológica, se refiere a la ilusión que vivieron parte importante de políticos y teóricos estadounidenses (también europeo-occidentales) en la década de los noventa del siglo pasado, que pensaron que su poder y dominio global se había instalado para siempre al desaparecer el mundo comunista soviético. Una vez que salieron del asombro por tan inesperado suceso, cayeron en una suerte de euforia analítica que los llevo a creer que su modo de vida y predominio sería altamente aceptado e imitado de manera universal. Recuérdese que tras la caída del muro de Berlín, el presidente George Bush proclamo el “inicio de una nuevo orden mundial”, y el analista del Departamento de Estado, Francis Fukuyama, se hizo célebre, primero con su *paper* y luego con su ensayo homónimo, *El Fin de la Historia y el último hombre* (1992), probablemente buscando dar peso teórico a las palabras de su presidente (TULCHIN, 2018: 163).³ Igualmente, de esta misma época, son una serie de tesis y ensayos en extremo optimistas que, en la medida que la globalización avanzaba, la interdependencia económica se profundizaba, y las barreras aduaneras nacionales se debilitaban, hablaban de la emergencia, no solo de un mercado global, sino también de una sociedad civil global, abierta y cosmopolita, así como de la licuación o difuminación de las fronteras nacionales y del libre flujo de capitales y ciudadanos por el mundo. O sea, se proponía que vivíamos en un planeta que rápida y sostenidamente se estaba transformado, bajo las leyes del mercado libre, en una idílica aldea, prospera, liberal, democrática y pacífica. Por cierto, había algunos pequeños escollos y problemas que superar, pero en definitiva la humanidad entera iba a abrazar, unos antes y otros después, y con algunos retoques culturales menores, los ideales y forma de vida del capitalismo occidental liberal más avanzado, representado, en primer lugar, por los EE.UU. Sin embargo, esta euforia por el repentino fin de la Guerra Fría, que venía junto a extraordinarios avances tecnológicos, sobre todo en el plano de las comunicaciones (CASTELL, 1996), distrajeron la atención de los fenómenos estructurales que venían ocurriendo y que son los que explican los verdaderos cambios históricos en el orden mundial. Lo cierto es que cuando terminó la Guerra Fría, lo único real era que los Estados Unidos poseían una fuerza militar descomunal e

³ El ensayo de Fukuyama, *El fin de la Historia y el Ultimo hombre*, se trasformó en un verdadero *best sellers* explicativo del supuesto orden internacional que emergía, y su lectura entre líneas, planteaba una nueva suerte de “siglo americano”.

incontestable. Sin embargo, la declinación de su poderío económico, que ya se manifestaba desde los años setenta, seguía acentuándose. Al respecto debe tenerse presente que cuando terminó la Primera Guerra Mundial el PIB de los EE.UU., representaba el 33% del PIB mundial; cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, el PIB de los EE.UU., había crecido hasta representar el 50% del PIB mundial; y cuando terminó la Guerra Fría el PIB de EE.UU., había bajado al 30% del PIB mundial (BRZEZINSKI, 2005). Ahora, si nos vamos al año 2016, el PIB de los EE.UU. había bajado al 24% del PIB mundial. Y esta es la causa profunda del declive de la hegemonía de EE.UU. Recuérdese que Hobsbawm señaló que la hegemonía estadounidense durante la segunda mitad del siglo XX “no descansó en las bombas sino, económicamente, en la sensacional riqueza de Estados Unidos y en el papel preponderante de ese gigante económico en el mundo, especialmente a partir de 1945” (HOBBSAWM, 2012: 60).

c) Finalmente, la última consecuencia que nos queda por analizar, la político-estratégica, está señalada por el fenómeno chino. China, al igual que los EE.UU., es un país-continente, además de ser el más poblado del planeta. Y si bien, desde 1949 se convirtió en el segundo gran estado comunista, su modelo planificado de estilo soviético fracasó rotundamente al tratar de elevar el estándar de vida de su pueblo, así como en su afán por transformarse en una potencia moderna y desarrollada. Por este motivo, en 1978-79 dio un giro radical y comenzó a orientar su economía hacia un esquema capitalista bajo la férrea dirección de un Estado centralizado y subordinado al Partido Comunista Chino (TAMAMES, 2013). Ya en los años ochenta, y sobre todo en los noventa, sacando ventaja de su numerosa mano de obra barata y altamente calificada, supieron aprovechar magistralmente la globalización neoliberal del mundo (XING, 2012). En este sentido, se convirtieron en la localización perfecta para las empresas multinacionales que “huían” de los EE.UU., Europa, Japón y otros puntos del planeta, incluida la América Latina, buscando áreas de producción más baratas. Pero no sólo se transformaron en captadoras de empresas multinacionales de todo tipo. La propia industria china supo utilizar este “aplanamiento” neoliberal del mundo para inundar el mercado global de productos manufacturados propios, en un principio de bajo valor agregado (por ejemplo, la industria textil), para luego transformarse en exportadora de productos de creciente tecnología. Lo cierto es que los chinos, bajo una conducción estratégica de alto nivel y con metas de corto, mediano y largo plazo, entraron completamente a jugar en el espacio neoliberal-

global definido por el propio hegemon y sus aliados. Aceptaron las reglas del juego del capitalismo fijado por la Organización Mundial del Comercio, y en los 28 años que van desde el fin de la Guerra Fría hasta el año 2017, se convirtieron la segunda mayor economía del planeta, así como la primera exportadora de manufacturas del mundo.⁴ Más aún, posiblemente China se ha transformado en la más prometedora locomotora económica global con el desarrollo de su ambicioso proyecto *one belt one road*.⁵

3 AMÉRICA LATINA EM MEDIO DE LA TENSION CHINO-ESTADOUNIDENSE

Como es sabido, en la segunda década de este siglo XXI China se convirtió en el segundo socio comercial de la región de América Latina y el Caribe (en adelante AMLC) y el primero para países como Brasil, Chile y Perú. El comercio bilateral China-AMLC pasó de 15.765 millones de dólares en 2001 a más de 100 mil millones en 2007, y a 277.175 millones en 2014 (Roldán, et al., 2016: 28; Rosales y Kuwayama, 2012: 69). Igualmente, en 2015 se lanzó formalmente el Foro China-CELAC (FCC), en cuyo marco el presidente chino Xi Jinping, señaló que China invertiría en la región, entre el 2015 y el 2025, la suma de 250.000 millones de dólares (LATINREPORTERS.com, 2015).

Evidentemente China se ha transformado en un socio comercial determinante para la región y todo indica que su importancia irá en aumento. Sin embargo, se debe tener presente que todo este intercambio comercial y financiero sigue el mismo curso histórico que ha encadenado a América Latina a la condición de periferia. El intercambio comercial con China se hace con un pronunciado déficit para América Latina. La región exporta materias primas, particularmente

⁴ Según el FMI, en 2014 la economía China era la mayor del mundo con el 16,479% del PIB mundial medido en Paridad de Poder Adquisitivo (PPA), frente al 16,277% de los Estados Unidos (Pardo, 2014). En 2017, según la CIA, China tenía un PIB total (PPA) que superaba los 23 billones de dólares, luego venía la UE con 19,9 y los EE.UU., con 19,3 (CIA, 2017). Pero según el Banco Mundial, China en 2016 era sólo la segunda mayor economía con un PIB (valor dólar a precio actual) de 11,199 billones detrás de los EE. UU con 18,624. billones, en un mundo cuyo PIB total era de 75,872 billones, lo que significaba que China representaba el 14,7% de la economía mundial y los EE.UU., el 24,5% (BM; 2017).

⁵ La iniciativa *One Belt One Road* o la Franja y la Ruta, fue anunciada en 2013 por China y se refiere a la Franja Económica de la Ruta de la Seda y a la Ruta Marítima de la Seda del Siglo XXI que busca construir una red de comercio e infraestructura que conecte a Asia con Europa y África a lo largo de las antiguas rutas comerciales de la seda. Para el 2018 más de 100 países habían adherido a esta iniciativa que, según señaló el presidente Xi Jinping, es una propuesta china cuyas oportunidades y resultados beneficiaran al mundo entero transformándose así en la más amplia plataforma para la cooperación internacional y que se adapta perfectamente a la tendencia de la globalización económica, para traer mayores beneficios a todos los pueblos del mundo (XINHUA, abril 2018; XINHUA, mayo 2018).

minerales, semillas y frutos oleaginosos (sobre todo soya), cobre, petróleo y madera, e importa de China productos manufacturados de alto valor agregado, así como de alta tecnología (DUSSEL y LÉON-MANRÍQUEZ, 2015: 202).

Pero, por otra parte, los Estados Unidos, aún son el principal socio comercial de la región y lo cierto es que AMLC nunca ha dejado de ser vista por los estadounidenses como su área de influencia y seguridad inmediata, o incluso su extensión territorial natural, suerte de “patio trasero”. La conocida doctrina Monroe “América para los americanos”, nunca ha desaparecido de su perspectiva, sólo ha evolucionado y se ha perfeccionado desde sus orígenes hasta a la actualidad, dependiendo de las circunstancias históricas, como muy bien afirmó y profetizó en 1895 el Secretario de Estado Warren Olney, “Estados Unidos era prácticamente soberano en este hemisferio” (citado en TULCHIN, 2018: 83). Esta mirada de EE.UU. hacia AMLC, que fue característica durante el todo siglo XX (BORÓN, 2013, TULCHIN, 2018), va tender a acentuarse, aún más, en el presente siglo XXI.

Al respecto, es sabida la importancia estratégica fundamental que EE.UU., le otorga a AMLC como proveedora de sus cada vez más escasos recursos naturales y que son vitales para el funcionamiento de su complejo tecnológico-industrial, así como de su insaciable sociedad de consumo. Esta importancia estratégica se ha ido acrecentando en las últimas décadas a raíz de los fenómenos derivados de la crisis ambiental global. Por ejemplo, frente a las crecientes estimaciones de escasez de agua dulce, este recurso ha pasado a ser considerado cada vez más estratégico y América Latina cuenta con cerca del 30% de las reservas mundiales. De la misma forma, frente a fenómenos tales como la pérdida de biodiversidad y el cambio climático, ecosistemas enteros han pasado a la categoría de estratégicos por los servicios ambientales que prestan y/o los recursos que contienen, como es el caso arquetípico de la amazonia. En síntesis, precisamente por su enorme riqueza en recursos naturales, biodiversidad, agua dulce y ecosistemas, esta región del mundo será aún más “apetecida” por los intereses estratégicos de los EE.UU. durante el presente siglo XXI (FREGAPANI, 2000; BRUZZONE, 2009; ESTENSSORO, 2010; BARRIOS, 2011; BRUCKMANN, 2012; BORON, 2013).

Lo recién expuesto, nos lleva a reflexionar seriamente sobre la siguiente pregunta: ¿el declive de los EE.UU., y el ascenso de China, podría transformar a AMLC, por su enorme riqueza en recursos naturales, agua, biodiversidad y ecosistemas, en teatro de operaciones y escenario de disputa, por parte de estos gigantes económicos en creciente tensión?

CONCLUSÃO

La llegada de Donald Trump a la presidencia de los Estados Unidos se explica, en gran medida, por las contradicciones sociales que se han profundizado en ese país a raíz de la globalización. Miles de ciudadanos han visto cómo sus industrias y empleos han “volado” a instalarse a China y a otros países del mundo. De la misma forma, esos ciudadanos son testigos de la concentración de la riqueza en cada vez menos manos. Como muy acertadamente se ha señalado, Trump ganó las elecciones presidenciales porque supo sacar ventajas de “una sociedad polarizada y la indignación de la clase media trabajadora” (SOLANA, 2016: 43). En este sentido, el populismo de Trump, lo llevó a combinar banderas como la protección a la industria nacional, con banderas ultraconservadoras y racistas (recuérdese que contó con el apoyo de Ku Klux Klan y la Asociación del Rifle). De la misma forma, sus sueños de grandeza lo obligan a intentar traer de regreso la era dorada de la economía e industria estadounidense. Esa era dorada de los 30 primeros años pos-Segunda Guerra Mundial donde la hegemonía estadounidense estaba clara para todos, amigos y enemigos. Por estos motivos, ha desatado una política proteccionista de su industria, que amenaza directamente el propio orden neoliberal global, dibujado con esfuerzo y paciencia por sus antecesores, junto a sus aliados más cercanos, como han sido (hasta el momento), la Unión Europea y el Japón, principalmente.

Sin embargo, ese pasado glorioso no va a regresar. Trump podrá tener algunos éxitos parciales, pero lo cierto es que el orden mundial está cambiando ineluctablemente, marcado por el declive estructural del poder hegemónico estadounidense que a su vez está determinado por su declive económico. Este es el real problema de los EE.UU. y que, a su vez, repercute en el orden internacional “desordenándolo”. En otras palabras, es el orden mundial dibujado por los norteamericanos tras el término de la Segunda Guerra Mundial, así como el orden económico que aseguraba su primacía, lo que está cambiando. Y son los propios especialistas políticos y geopolíticos estadounidenses los más conscientes de esta situación. Ellos, despertando de la euforia inicial que los embargó tras el fin de la Guerra Fría, y con creciente preocupación, ahora “comienzan a hablar de una era post-estadounidense o post-hegemónica” (MAIRA, 2014: 43). Por lo tanto, los vaivenes coyunturales, como una posible guerra comercial chino-estadounidense, son expresiones de este fenómeno mayor y hay que estar preparado para que surjan otras más.

Por cierto, Estados Unidos aún sigue siendo el país más fuerte económicamente y más poderosos militarmente, pero su declinación es imparable. No está en discusión la pérdida del

poder hegemónico norteamericano, lo que está en discusión es ¿cómo será esta pérdida? ¿Será de manera gradual e inteligente, o sea que dure todo este siglo XXI y tenga un “aterrizaje” suave y controlado, como la vislumbraba el ex presidente Barack Obama, o será brusca y violenta como auguran las peores pesadillas del mundo desde que el Sr. Trump llegó a la presidencia de los EE.UU.?

Por lo tanto, volviendo a la pregunta inicial ¿hacia dónde va el mundo?, deberíamos decir que hasta el momento no está claro que es lo que lo va a suceder a la situación estructural planteada por el declive estadounidense. La incertidumbre es lo único que tenemos en el horizonte cercano y mediano. Es cierto que las hipótesis que proponen evoluciones posibles del orden internacional son muchas. Algunas idílicas e ingenuamente optimistas y otras algo más realistas. Que el futuro sea mejor que el presente, depende en gran medida de que los actores del presente sean capaces de actuar con madurez e inteligencia a fin de sortear las permanentes dificultades que plantea la realidad.

En este sentido, nuevamente podemos recurrir a la historia y recordar que la independencia latinoamericana de las potencias europeas ocurrió precisamente en momentos de profundos conflictos y tensiones entre esas propias potencias, como por ejemplo las guerras napoleónicas que favorecieron la independencia de Iberoamérica.

¿Están los líderes y los pueblos de Latinoamérica preparados para sortear con éxito las tensiones del presente siglo XXI entre los grandes poderes del Norte, tanto los tradicionales como los emergentes, de forma relativamente similar a como estuvieron sus líderes y pueblos en las primeras tres décadas del siglo XIX?

REFERÊNCIAS

ARRIGHI, Giovanni; *Marxist Century, American Century: The Making and Remaking of the World Labour Movement*. *New Left Review*, n° 179, January-february 1990, pp. 29-63.

BANCO Mundial, BM; PIB (US\$ a precios actuales). Web. 12 de marzo de 2018
<https://datos.bancomundial.org/indicador/ny.gdp.mktp.cd>

BARRIOS, Miguel, Ángel; *Consejo Suramericano de defensa: desafíos geopolíticos y perspectivas continentales*. Buenos Aires: Biblos, 2011.

BORON, Atilio A.; *América Latina en la Geopolítica del Imperialismo*. Caracas: Ministerio del Poder Popular para la Cultura, 2013.

BRAUDEL, Fernand; **El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II**. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1976.

BRUCKMANN, Mónica; **Recursos Naturales y la Geopolítica de la Integración Sudamericana**. Quito: Editorial IAEN, 2012.

BRUZZONE, Elsa; **Las Guerras del Agua**. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2009.

BRZEZINSKI, Zbigniew; **El Dilema de EE.UU. ¿Dominación global o liderazgo mundial?** Barcelona: Paidós, 2005.

CASTELLS, Manuel; **La era de la información. Economía, sociedad y cultura. La Sociedad Red**. México: Siglo XXI 1996.

CENTRAL Intelligence Agency (CIA); **Country ComParison: GDP (purchasing power parity)**. Web. 6 de marzo de 2018

<https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/rankorder/2001rank.html>

DUMÉNIL, Gerad y Levy, Dominique; **A Crise do Neoliberalismo**. Sao Paulo: Boitempo, 2014

DUSSEL Peters, Enrique; León-Manríquez, Jose Luis. La relación política y económica entre China y América Latina y el Caribe: ¿hacia una agenda en el corto, mediano y largo plazo?. En, Lagos Escobar, Ricardo e Iglesias García, Enrique (edits.). **América Latina, China y Estados Unidos. Perspectivas latinoamericanas de las relaciones internacionales en el siglo XXI**. Santiago: RIAL, CAF y FCE, 2015, pp. 151-211.

ESTENSSORO, Fernando; Crisis ambiental y cambio climático en la política global: un tema crecientemente complejo para América Latina. *Universum*, vol. 25, N° 2, 2010, pp. 57-77.

FREGAPANI, Gelio; **Amazônia: A Grande Cobija Internacional**. Brasilia: Thesaurus, 2000.

FRIEDMAN, Thomas; **La Tierra es Plana: breve historia del mundo globalizado del siglo XXI**. Madrid: MR, 2006.

FUKUYAMA, Francis; **El fin de la historia y el último hombre**. Buenos Aires: Planeta, 1996.

HOBSBAWM; Eric,; **Guerra y Paz en el siglo XXI**. Buenos Aires: Arte Gráfico Editorial Argentino, 2012.

MAIRA, Luis; **Aprendizaje del estudio de los Estado Unidos**. México D.F: CIDE, PNUD, 2014.

MEDVEDEV, Roy A; Medvedev, Zhores; Khrushchev. **The years in power**. New York: Norton Library, 1978.

PETRI, Peter A.; Michael G. Plummer, Michael G.; **Asia Leads the World's Response to Protectionism. Japan-EU pact highlights new urgency propelling action on regional trade accords**. Peterson Institute for International Economics (PIIE), 19 de julio de 2018. En:

<https://piie.com/commentary/op-eds/asia-leads-worlds-response-protectionism> (consultado el 23 de julio de 2018)

PIKETTY, Thomas; *El capital en el siglo XXI*. Ciudad de México: FCE, 2014.

ROLDÁN Pérez, Adriana; Castro Lara, Alma Sofía; Pérez Restrepo, Camilo Alberto; Echavarría Toro, Pablo; Evan Ellis, Robert; *La presencia de China en América Latina. Comercio, inversión y cooperación económica*. Colombia: Fundación Konrad Adenauer, 2016

ROSALES, Osvaldo; Kuwayama, Mikio; *China y América Latina y el Caribe. Hacia una relación económica y comercial estratégica*. Santiago: CEPAL, 2012.

SOLANA, Javier; ¿Cómo se explica el triunfo de Donald Trump?. *Revista Temas*, n° 265, diciembre 2016, pp. 43-54. En: https://www.fundacionsistema.com/wp-content/uploads/2016/12/TC_T265.pdf

STIGLITZ, Joseph E; *El malestar de la globalización*. Madrid: Suma de letras, 2003

STIGLITZ, Joseph E; Globalización, organismos financieros internacionales y las economías latinoamericanas. En, PNUD; *La democracia en América Latina*: Buenos Aires: Alfaguara, 2004, pp. 415-437.

TAMAMES, Ramón; *China: tercer milenio el dragón omnipotente*. Barcelona: Planeta, 2013.

TULCHIN S., Joseph; *Las relaciones entre Estados Unidos y América latina. Desafiando la hegemonía norteamericana*. Santiago: FCE, RIAL, 2018.

WALLERSTEIN, Immanuel; *La decadencia del poder estadounidense. Estados Unidos en un mundo caótico*. Santiago: TRILCE; LOM, 2005

_____. Situación mundial frente al declive de los EE.UU." En: Gandasegui, Marco, *Crisis de Hegemonía de Estados Unidos*. Ciudad de México: Siglo XXI, 2007 a ; pp. 95-102.

_____. *Geopolítica y Geocultura. Ensayos sobre el moderno sistema mundial*. Barcelona: Kairos, 2007 b (1era edición en inglés: Cambridge University)

WILKINSON, Richard; Pickett, Kate; *Desigualdad*. Madrid: Turner Noema, 2009.

XING, Li; China y el orden mundial capitalista: el nexo de la transformación interna de China y su impacto externo. En, Bernal-Meza, Raúl y Quintanar, Silvia Victoria; *Regionalismo y Orden Mundial: Suramérica, Europa, China*. Buenos Aires: Nuevo Hacer, 2012, pp. 29-53

ZAMORA R., Augusto; *Política y Geopolítica para Irreverentes y Escépticos*. Madrid: Akal, 2016.